

El movimiento de los movimientos

La Paz, 7 de agosto de 2007
Auditorio del Palacio de Telecomunicaciones

Toni Negri

Nuevas condiciones para el nuevo movimiento de los movimientos

El tema que se me ha propuesto para esta conferencia es “El movimiento de los movimientos”. Se trata, entonces, de definir qué ha sido, qué es y lo que esperamos que pueda ser. El movimiento de los movimientos nace esencialmente como reacción a la crisis de los años setenta y ochenta, una crisis extremadamente profunda en la extrema izquierda. Es cuando en el movimiento de los movimientos se registra una nueva situación desde el punto de vista económico, desde el punto de vista político y desde el punto de vista general de su programa y de su capacidad de acción.

Digamos que la nueva situación surge por una transformación del capitalismo que se da entre esos años. A principios de los años noventa nos encontramos frente a un capitalismo desterritorializado, que ya no enmarca su acción dentro de la forma Estado-nación. Otro elemento de transformación importante es la mutación del carácter hegemónico de la definición de fuerza de trabajo: se da una forma de explotación que se centra cada vez más en los elementos cognitivos —y ya no tanto materiales— de la producción. Un tercer elemento es que nos encontramos frente a una ampliación cada vez más profunda de los procesos migratorios.

Como consecuencia de todo esto, encontramos especialmente en los países centrales una gran fragmentación de la organización laboral en el mismo capitalismo, sobre todo desde el punto de vista de la organización del trabajo. Desde el punto de vista político, se empieza a identificar, en primer lugar, un proceso de unificación del poder del capita-

lismo a nivel global y, en segundo lugar, la aceptación del mundo capitalista del fin de la Guerra Fría. Hablamos entonces de la unificación del mando capitalista desde los acontecimientos de 1917. Todo esto significa que se produce una nueva identificación del poder central que unifica los procesos de transnacionalización de la producción con ciertas grandes potencias mundiales del capitalismo. Este es el telón de fondo en el que surge el movimiento de los movimientos.

Es muy importante enfatizar el carácter novedoso de este telón de fondo. Esta situación emerge porque la historia del movimiento obrero es totalmente interrumpida por esta transformación. Cuando Eric Hobsbawm habla de un ciclo breve, habla justamente de este paréntesis heroico, formidable, que el movimiento obrero ha protagonizado en el periodo que va de 1917 a 1989, en el cual había formado su centralidad histórica.

El movimiento de los movimientos nace, justamente, sobre una base que tiene el carácter de novedad teórica. Por lo tanto, se trata de interpretar la nueva figura que la democracia asume, la nueva figura del capitalismo y la nueva figura del poder; es decir, los límites de la democracia, los límites del desarrollo capitalista y los límites de la definición del poder moderno.

Los límites de la democracia

Recordemos que cuando el movimiento de los movimientos se presenta, expresa esencialmente una reivindicación democrática, una radicalización de la democracia, teniendo en cuenta los límites conceptuales y prácticos que la democracia presenta. ¿Qué significa esto? Significa que lo que se pone en discusión son, en general, los grandes temas fundamentales de la democracia, particularmente el tema de la representación. Sobre la representación se ejerce precisamente la primera gran experiencia de crítica del movimiento.

La participación es un tema que se desarrollará desde Porto Alegre, según experiencias que se han basado sobre todo en los niveles municipales o en los niveles de gobierno regionales, que agregan fundamentalmente el valor de solicitar e impulsar la reflexión sobre la repre-

sentación. No creo que nadie dentro del movimiento de los movimientos haya creído efectivamente que las experiencias de participación que se desarrollaron en torno a Porto Alegre poseyeran un significado general, típico o paradigmático. Se trataba, en realidad, de la cuestión de la transformación de la democracia, es decir, del retorno a los grandes problemas del poder constituyente.

Es necesario tomar en cuenta, con mucha atención, que cuando se enfrenta este tema crítico de la representación, se lo puede enfocar desde varios puntos de vista. Se lo puede encarar a partir de los mecanismos de la representación democrática, es decir, de la crítica de la transferencia de la soberanía del pueblo a la nación, del pueblo al Estado. También se lo puede afrontar, por ejemplo, desde la ineficacia de la representación en la acción ejecutiva, esto es, en la disolución sistemática del concepto de gobierno en aquello que se denomina *governance* (governabilidad), es decir, en la disolución de la tradición de gobierno, de la práctica y su ejercicio. Esto significaría que, en general, está en crisis la relación entre el sujeto de la representación y el ejercicio del poder.

La cuestión del trabajo

La segunda gran temática que afronta el movimiento de los movimientos después de la representación es la cuestión del trabajo. Y cuando se la aborda, se lo puede hacer también desde varios puntos de vista. El punto de vista que con mayor frecuencia emerge en la discusión contemporánea y que se impone dentro del movimiento de los movimientos, consiste en la transformación del concepto de trabajo, en la percepción de que el trabajo es, sobre todo, actividad social. Esto significa que el concepto de trabajo se separa del concepto de industria; vale decir, el concepto de valorización se engancha cada vez más con el concepto de actividad social. Estamos afrontando una valoración del trabajo que se vuelve cada vez más subjetiva, una concepción del trabajo que es cada vez más una percepción de la cooperación laboral, de la capacidad de relacionarse en una actividad de la nueva cualidad común de la actividad social, a la que llamamos trabajo. Tengo la impresión de que esta

concepción del trabajo es la que ha sido privilegiada dentro del movimiento de los movimientos.

Esto significa en sí la manera en la que el capital pueda asumir esta nueva forma de trabajo. Hasta ahora, puede ser pensada en el nivel en que el trabajo es concebido como capital variable, es decir, como algo que puede ser valorizado sólo cuando es introducido como capital constante. Es posible que la actividad social como nuevo concepto del trabajo sea concebida dentro del concepto de capital sólo cuando sea considerada como elemento de valorización. Es, pues, el problema del capital unitario en el sentido que Marx le ha dado. Evidentemente, aquí surge también otro problema: el de cómo concebir y considerar el desarrollo hoy en día.

La crítica del poder y la resistencia

Cuando se habla de la crítica del poder en este caso, se afirma una cosa muy sencilla con relación a todo lo dicho hasta ahora, y es que el concepto de poder no es un concepto unívoco. El concepto de poder es por lo menos el doble del poder que ejerce el capitalismo. No existe una correspondencia, una homologación entre el poder ejercitado por el capitalismo y el poder que expresan los movimientos. “Tomar el poder” es una expresión que pierde sentido cada vez más. El concepto de poder se vuelve el concepto de una relación en la cual la resistencia tiene el mismo valor que el dominio, donde la relación es una relación frágil, de ruptura, y la extensión y la difusión del poder deben ser consideradas con la misma importancia que la unificación virtual del mismo poder.

Entonces, este conjunto de temáticas que hemos propuesto hasta ahora se resume en: primero, una diferente concepción de la representación y el intento de subjetivar, en el sentido pleno, el concepto de la relación con el Estado; segundo, una concepción diferente del trabajo, entendido como actividad social y, desde luego, el intento de concebir la producción como algo que tiene un carácter originario, esencialmente como trabajo vivo; y tercero, una diferente concepción y práctica del poder.

Veremos hasta qué punto la formación, por así decirlo, de estos nuevos movimientos, las cosas que se vivían en los movimientos entre

Seattle y Génova y las diferentes situaciones y determinaciones de lucha, nos ayudan a comprender cuál era realmente el verdadero momento de refundación del movimiento de lucha social en el mundo contemporáneo posterior a la Guerra Fría. Es decir, el problema en este punto es tratar de comprender con qué profundidad, con qué intensidad, todas las dimensiones y conceptos —incluso las experiencias políticas que condujeron la actividad del movimiento obrero tradicional— son sobrepasados, y no solamente con relación al aspecto social, sino realmente a partir de toda la situación que rodea a nuestras luchas.

Si insistimos en estas características de los nuevos movimientos, podemos considerar sobre todo que —y esto no está dado ni es obvio— cuando el movimiento aparece y comienza a afirmarse, es también cuando tiene lugar la reacción general de las fuerzas capitalistas. Todos conocemos la dinámica que habían establecido, por decirlo de alguna manera, el imperio por un lado y la multitud por otro. Ese movimiento se ha roto a partir del 11 de Septiembre, y lo ha hecho de una manera bastante característica porque justamente probaba la determinación que los movimientos habían descubierto.

Esto quiere decir que la respuesta capitalista a estos movimientos fue una respuesta que trató inmediatamente de dar un orden a este nuevo carácter, a esta intensidad del movimiento. La respuesta fue bastante clara, la dimensión mundial se asumía como un territorio de guerra, comprendida ésta como una intervención policial que debía romper e interrumpir cualquier posibilidad de una determinación continua de la lucha.

Cabalmente, después de 2001, con el ataque a las Torres Gemelas, la política capitalista a nivel mundial se determinó de una manera absolutamente diferente. Todos los elementos de poder han sido acentuados, todos los elementos que empujaban hacia una organización capitalista, cada vez más financiera y parasitaria, frente a una organización del trabajo cada vez más importante, y sobre todo la propaganda bélica y de la superioridad ideológica y cultural del mundo occidental, significaban la exaltación del capitalismo en cuanto tal y de las formas de democracia tradicionales. Esto ha adquirido cada vez mayor importancia.

Sin embargo, la resistencia continuó bajo formas bastante diferentes. Hay que decir que el movimiento de los movimientos ha encontrado momentos de crisis muy importantes en Europa y en América del Norte. Ante la exaltación de la violencia, tanto militar como ideológica, ante las consecuencias de la nueva organización capitalista, es decir, la fragmentación y la ruptura del mundo del trabajo, y por lo tanto, el enorme debilitamiento de las organizaciones de los movimientos obreros, resultaba casi imposible poder desarrollar una ruptura con las continuidades del movimiento obrero, una acción de resistencia y de ataque. Pienso que en Europa y en Estados Unidos se vive una situación en la que las organizaciones del trabajo y aquellas que luchan contra la explotación ya no existen más en sus antiguas formas de movilización. Los movimientos se encuentran en un momento en el que están obligados a inventar nuevas formas de organización en el nivel social que no tienen ninguna continuidad con el pasado, ni con las organizaciones de ese pasado.

Poder constituyente y Estado-nación en América Latina

Sin embargo, ante esta situación —en la cual, insisto, las organizaciones de la izquierda no existen más— el ciclo de luchas de la nueva fase, de la nueva época, el movimiento de los movimientos continúa de todas maneras viviendo y subsistiendo en el mundo. Es por esto que resulta tan interesante la situación de América Latina, porque aquí están vivas algunas condiciones características del movimiento de las que hemos hablado hace algunos minutos, tanto en el terreno de la crítica de la representación como en el terreno de la crítica del concepto de trabajo y en el de la crítica del poder.

Es evidente que —por la situación en que se encuentra el poder del capitalismo internacional y del capitalismo global después de la guerra a nivel mundial y después del 11 de Septiembre— en América Latina se ha roto la relación de dependencia con el centro imperial. Esta ruptura es un elemento absolutamente fundamental, y no solamente desde el punto de vista del análisis de la configuración global del capitalismo, sino también de la condición de los movimientos. La ruptura de esta

relación de dependencia es la consecuencia del hecho de que América Latina se encuentra en una situación de interdependencia en el mundo global, lo que determina condiciones absolutamente distintas y nuevas. Es justamente sobre este terreno que las características de los nuevos movimientos han encontrado una expresión excepcional. Bastaría hablar de lo que está sucediendo actualmente en Bolivia para comprender lo que hemos dicho a propósito de las nuevas determinaciones de la lucha de clases, porque resulta absolutamente evidente que eso es lo que está en juego. No digo que esto sea un modelo, sino que es una experiencia, y sería fantástico que pudiera convertirse en un modelo.

Desde el punto de vista del conocimiento actual, es evidente que la experimentación de las relaciones entre movimiento y gobierno son un tema absolutamente central. Fíjense bien, cuando planteamos este problema desde el punto de vista de la lucha de clases, planteamos lo que los capitalistas están también planteándose desde su posición. En la medida en que la producción no es más una producción que pueda ser concentrada en lugares fijos, que el control social pueda pasar sobre la organización de la clase obrera central, en la medida en que las luchas han destruido la capacidad del Estado-nación de intervenir con sus propios medios en la lucha de clases para bloquearla y dominarla, la estructura misma del Estado-nación está en crisis, porque no es capaz de ejercer su dominación sino dentro de un sistema mundial, de un sistema que tiene que negociarse con otros. Esta es una situación en la que los elementos de decisión política se vuelven cada vez más trascendentales. En esta situación, está en crisis la forma misma de gobierno constitucional de derecho. Es evidente que el Estado-nación europeo —para no hablar de los demás— no tiene ni la posibilidad de ejercer el monopolio de la fuerza, ni la capacidad de determinar el valor de su moneda, ni la posibilidad de determinar de manera independiente su ruptura, al margen de lo que se concibe como relaciones internacionales o relaciones globales.

La noción normal de los gobiernos sobre el ejercicio del derecho de gestión del poder público basado en el carácter universal y general de la ley que se deduce hasta la decisión de casos concretos, se vuelve imposible a nivel global y a nivel local por la relación de fuerza existen-

te, y son justamente las otras experiencias de gobierno —las que se ejercen continuamente a partir de decisiones de casos concretos— las más gobernables.

Todo esto muestra hasta qué punto la fragmentación de las capacidades de descentralización del Estado lo vuelven frágil; hasta qué punto los procesos de gobierno se vuelven cada vez más incapaces de ejercer su pleno poder. Pero cuando afirmamos esto, retomando el nivel de la administración efectiva de la sociedad, vemos el mismo dualismo que encontramos en el capital. Es decir que el mismo capital es imposible para el capital constante, pero al mismo tiempo el capital, en tanto centro productor, hace imposible el gobierno del capital variable, porque éste es el lado activo, es cognitivo, y por eso mismo tiene una cualidad que hace imposible reducirlo a una cantidad. Por este motivo, la producción social y la ley del valor funcionan solamente en tanto expropiación de la cooperación social; este es el problema. Para gobernar hoy se necesita a los movimientos; no podemos gobernar sin ellos. Es ridículo, ¿no? Tanto como la que la izquierda tenga que enseñar a la derecha la forma de gobernar.

Pero es evidente que volvemos a un problema central, el problema del poder constituyente. Es decir que desarrollar esta forma de gobierno entre los movimientos y la ejecución y la voluntad de los movimientos no es simple; puede estar llena de contradicciones. La autonomía en sí misma no es algo que pueda resolver el problema, la sociedad continúa siendo una sociedad compleja. Por lo tanto, cuando logramos hacer intervenir en esta acción continua —que es gobernar hoy— el concepto de la práctica en común, solamente entonces gobernar se hace posible, y se hace posible de una manera revolucionaria, construyendo lo común.

Esta construcción de lo común significa hoy recuperar todas las fuerzas de libertad y de igualdad que existen en nuestra sociedad y que están ligadas, fíjense bien, a la nueva forma que el trabajo asume. No es posible hablar del valor sin libertad, y no producimos valor sin lo común. Lo común y la libertad son dos cosas absolutamente ligadas entre sí, y este es el enorme problema y la gran desutopía. Y lo afirmo porque aparece lejano como una utopía, pero está ya en la experiencia

de cada día, y por lo tanto la llamamos así: una utopía a la inversa, una esperanza que vive y un modelo a construir. Creo que eso es lo que el movimiento de los movimientos nos ha enseñado, y espero que el ciclo de luchas que hemos visto continúe, más allá de la derrota relativa que los movimientos han vivido en Europa y en América del Norte. Hoy América Latina tiene una importancia central gracias a estas experiencias, es nuestra esperanza, y América Latina llega hasta Nueva York.

Comentario de Álvaro García Linera

Comentar a Toni es una labor muy complicada; el suyo es un pensamiento muy complejo, muy audaz. Le sigo la pista desde los años setenta, en sus primeros textos, que ahora son muy conocidos, como *Del obrero masa al obrero social*. La producción intelectual de Negri siempre ha sido una lectura refrescante y exigente, que reta a modificar los esquemas preestablecidos en los cuales uno se mueve.

Voy a intentar detenerme en algunos puntos de su exposición, fundamentalmente para dialogar a partir de la experiencia boliviana, para hacerle conocer algunos aspectos de nuestro país y para que eso pudiera servir también como insumo para sus posteriores reflexiones.

En términos generales, Toni Negri nos propone que estaríamos viviendo momentos de una transformación general de la organización del capitalismo, que también hubiera dado lugar a una modificación de los modos, de las formas de resistencia de la sociedad y de organización, modificando las estructuras de representación, las estructuras del trabajo y las estructuras del poder.

Estas transformaciones del capitalismo que Toni detecta por lo menos desde fines de los años sesenta tienen que ver con una modificación de la forma de organización del trabajo. Él ha enumerado una serie de puntos: la desterritorialización, el carácter del consumo de la fuerza de trabajo, la intensificación de los procesos migratorios y la fragmentación de la organización laboral. Estos procesos se dan en todo el mundo; también en nuestro país se los puede detectar con claridad.

Nuevas formas de organización del trabajo en Bolivia

Con relación a la fragmentación de la organización del trabajo, si bien no somos una sociedad plenamente industrial en el sentido clásico del término, está claro que los niveles de industrialización que ha tenido América Latina —y Bolivia— entre los años treinta y en los ochenta se han visto radicalmente modificados. Hubo un proceso de adelgazamiento de la producción industrial en el país, incluso de desconcentración de los procesos laborales, de la articulación en red de pequeñas empresas desconcentradas y parcializadas, que sin duda ha modificado la idea general de lo que entendemos por desarrollo industrial. Atrás han quedado las grandes fábricas con sus grandes chimeneas, con sus grandes ciudadelas obreras; lo que hoy tenemos es una actividad laboral fragmentada y diluida en el ámbito de la pluralidad de las actividades sociales de nuestro país.

En buena parte, esto ayuda a entender también la disolución de la fuerza organizativa y política de la Central Obrera Boliviana (COB), una central de trabajadores que intentó aglutinar, en torno al mundo obrero, al resto de la sociedad boliviana, y que tuvo como núcleo a los trabajadores de las minas de estaño y de las grandes fábricas urbanas, que fueron protagonistas de los grandes procesos de transformación revolucionaria de los años cincuenta. Esta COB, que a momentos llegó a actuar incluso como un poder alternativo al poder estatal, logró crear un bloque social de campesinos, clases medias, trabajadores urbanos y otros, aunque, sin duda, su núcleo fueron las grandes minas y las grandes fábricas.

Estas grandes minas y estas grandes fábricas hoy han desaparecido; en cambio tenemos pequeñas minas y pequeñas fábricas, numerosísimas en cantidad, pero de reducido número en su concentración de fuerza de trabajo. Con esto podríamos ejemplificar lo que Toni llama la fragmentación de la organización de la fuerza del trabajo.

Además de una desconcentración territorial, dentro de los procesos organizativos del trabajo se da una ruptura de los mecanismos de disciplina y de transmisión de saberes del obrero mayor al obrero joven —que antes garantizaban la unidad de acción del movimiento obrero—, al sustituirse la disciplina por transmisión de saberes y por antigüedad, vinculados al ascenso y a una mejor remuneración, por

otra forma de disciplina. Esta transferencia de los conocimientos productivos ya no está dentro del mundo obrero, sino en manos de la patronal, a través de la transmisión empresarial de conocimientos. Asistimos, pues, a una auténtica disolución de los mecanismos tradicionales de disciplina del movimiento obrero.

Un segundo elemento que coloca Toni sobre las transformaciones del capitalismo es el tema de las migraciones. En el caso de Bolivia tenemos, no recientemente sino de larga data, procesos migratorios intensos. La circulación de obreros bolivianos hacia la Argentina o hacia Chile o de Chile hacia Bolivia y de Argentina hacia Bolivia a principios del siglo XX, se intensificó notablemente. A partir de los años sesenta la migración de obreros bolivianos se dirigió fundamentalmente a tres lugares: la Argentina, el Brasil, los Estados Unidos, y recientemente, a España.

En los últimos meses hemos visto la ampliación de este proceso migratorio, que no solamente es fuerza de trabajo simple —campesinos o pequeños productores—, sino que también abarca a clases medias profesionales. Resulta así, a modo de paréntesis, que Bolivia puede gastar cerca de 60 mil dólares para formar un profesional y que luego éste trabaja de lavador de ropa, de barrendero o de cuidador de ancianos en algún lugar de Europa o de los Estados Unidos.

Hay un proceso de ampliación de esta migración, que sin duda tiene influencias notables, primero, en la fuga de capacidades productivas internas, aunque la contraparte es el ingreso y el retorno de capitales por las remesas de estos trabajadores a sus familiares. Y segundo, Bolivia debe ser una de las sociedades, posiblemente junto con la Argentina, el Salvador y el Ecuador, con elevadas tasas de migración en el continente, en especial durante los últimos diez años.

Otro elemento que menciona Toni es el del cambio en el carácter del consumo de la fuerza de trabajo, un paso de lo material físico hacia lo cognitivo. Este es un tema que ya lo había estudiado Marx en el siglo XIX a través de la categoría que mencionaba Toni: la subsunción formal del proceso de trabajo bajo el capital.

Marx plantea que la capacidad intelectual de las personas cuenta más que el esfuerzo físico, situación que tiende a aumentar. Sin embargo, está claro que en el desarrollo del capitalismo nunca contó solamen-

te lo físico, porque la fuerza de trabajo siempre tuvo dos componentes: el componente intelectual-cognitivo y el componente físico.

Lo que ha hecho el capitalismo contemporáneo es modificar la relación entre lo intelectual y lo físico, ampliando cada vez más el esfuerzo intelectual y reduciendo a lo mínimo la parte física a medida que se desarrolla la tecnología, puesto que el esfuerzo físico puede ser sustituido por máquinas.

En cambio, para la actividad intelectual y cognitiva, Marx marca una modificación en el polo capitalista: que lo intelectual es social. Es un hecho universal el trabajo físico individualizado y más personalizado, que también es fruto de la colectividad, pero no hay nada más universal que lo cognitivo, lo intelectual y lo asociativo. Ciertamente, el capitalismo se desarrolla mediante una apropiación creciente de la capacidad cognitiva, que es un producto y una fuerza productiva universal y universalizante; de ahí este carácter totalizante y universal del desarrollo contemporáneo del capitalismo.

Toni introduce una categoría muy interesante, yo diría rica: el movimiento de los movimientos, porque eso nos permite ver la acción colectiva, la actividad de la sociedad, el movimiento obrero, no a partir solamente de su estructura, sino fundamentalmente de su acción. La clave de la acción colectiva de la sociedad es justamente eso: su proceso, su movilización, que se objetivan en sus estructuras, sus discursos, sus liderazgos. Pero lo fundamental es, sin duda, la propia acción y la propia movilización. De ahí el concepto preciso y valioso de movimiento de los movimientos.

Retos organizativos del obrero social

Nos dice Toni que la historia clásica del movimiento obrero —que la conocimos en el mundo y en particular en Bolivia— ha sufrido una interrupción, un quiebre. En el caso de Bolivia, eso es patético. Hasta hace 20 años, hablar de movimientos en Bolivia de lucha por la democratización, de capacidad de contestación al Estado, era fundamentalmente hablar de la COB y del movimiento obrero; hoy ya no es así. Y no tanto porque ya no haya obreros.

Si nos mantenemos en la definición clásica de obreros como personas que son empleadas por otras personas o por estructuras que producen riqueza a partir de la apropiación del trabajo contratado, hoy en Bolivia se ha extinguido la antigua estructura obrera, pero se ha ampliado el número de obreros. No es que no haya obreros, como fue la lectura que nos daba el neoliberalismo en sentido de que “se han extinguido los obreros, luego, se han convertido en empresarios de la revolución neoliberal en Bolivia y en el continente”; eso no es cierto.

Ahora hay muchos más obreros en el sentido clásico del término, y si hacemos caso al concepto de obrero social que introduce Toni desde sus anteriores trabajos, obreros que pudieran abarcar otro tipo de actividades laborales que directa o indirectamente contribuyen a los procesos de valorización y de concentración de la riqueza, por supuesto que eso se incrementa aun mucho más. Hay un proceso creciente de obrerización de la fuerza del trabajo en un sentido amplio del término, no meramente industrial clásico-fordista, digámoslo así.

Pero también resulta claro que afirmar que hay obreros no significa que hay movimiento obrero, y menos aun que haya una continuidad en el movimiento obrero. Hay un número creciente de obreros en el país, pero lo que no hay es un movimiento obrero, ni mucho menos una continuidad del antiguo movimiento obrero organizado de grandes entes industriales. De otro modo, ¿cómo podríamos entender a los obreros agarrando algunas escopetas y atrincherándose en sus minas para que no sean objeto de nacionalización o de ocupación de parte de los sectores indígenas de lugares aledaños? No se podría entender la defensa a la patronal, digámoslo así, del centro de trabajo frente a lo que consideran un adversario: la socialización de la riqueza por parte de los movimientos indígenas, campesinos y laborales urbanos, que buscan, más bien, un proceso de apropiación de esa riqueza.

Hoy el movimiento obrero emergente, pequeño, débil sin duda, es muy distinto al movimiento que conocimos en los años cincuenta, sesenta y setenta. Quizás sea preferible decir que estamos ante un proceso de reinvencción del movimiento obrero, que no podrá ser como el que conocimos en los años cincuenta a sesenta por múltiples motivos materiales y subjetivos.

Motivos materiales: ya no hay grandes concentraciones laborales, por lo tanto, no hay ciudadela, no hay una cultura agregada obrera cuestionada y con la capacidad de irradiar. Además, los obreros están dispersos, los obreros son estudiantes de la carrera de Sociología, son campesinos temporalmente, luego son asalariados, luego vuelven a convertirse en pequeños empresarios; hay una hibridización de la actividad laboral en el país y en el mundo en general, hay una modificación de la idea de lo obrero.

La pregunta es: ¿cómo irá a surgir un movimiento obrero a partir de esas cualidades? Será el mismo movimiento que tendrá que inventar sus modalidades propias para construir un movimiento obrero social, digámoslo así. En el fondo, lo obrero se ha diluido en lo social, usando la definición que daba el comandante Võ Nguyen Giap* cuando explicaba su batalla con los norteamericanos: “Cuando nos concentramos, obligamos a la tropa norteamericana a dispersarse por todas partes para buscarnos y nosotros podemos atacar un pedazo. Se concentran ellos, nosotros podemos dispersarnos por todo el territorio, no nos pueden agarrar nunca”. Pareciera ser que algo así es el intelecto obrero contemporáneo: cuando se concentró fue atacado por todas partes y hubo un proceso material y objetivo de disolución en múltiples zonas de la sociedad.

Lo que falta es que, dentro de la dispersión, el movimiento se convierta en una fuerza de movilización social obrera que ya no estará concentrada en un barrio, como Villa Victoria acá en La Paz, o en una mina como Huanuni o Catavi, sino que tendrá que ser la totalidad de la sociedad.

Esta sería una de las posibilidades del desarrollo de un nuevo movimiento obrero social que corresponda a las características de su nueva base material fragmentada y dispersa. Pero también tendrá que ser distinto por su propia actualidad interna; muchos jóvenes son obreros y muchas mujeres son obreras. En los años cincuenta, menos del 10% de la clase obrera tradicional era mujer, mientras que hoy, cerca del 50% de las personas son mujeres, y las mujeres introducen otras lógicas

* Durante los años cincuenta y sesenta el general vietnamita Võ Nguyen Giap comandó la guerrilla comunista de Ho Chi Minh que derrotó con las pretensiones de Estados Unidos en su país. (Todas las notas de pie de página corresponden al editor).

organizativas —usos del lenguaje, del espacio, de la acción colectiva, del discurso, de la capacidad de alianzas— que rompen el molde patriarcal y en cierta medida machista que caracterizó al movimiento obrero en Bolivia y en el mundo.

¿Cómo será esa nueva lógica discursiva y organizativa del movimiento obrero? Quién sabe, pero está claro que ya no puede haber movimiento obrero sin mujeres.

Democracia y representación en Bolivia

Toni menciona que uno de los puntos que estaría siendo sometido a crítica por este proceso del capitalismo es el de la democracia, fundamentalmente el de la representación política, un asunto muy cercano a nosotros.

La democracia es, por definición, una contradicción en sí misma. Por una parte, es el proceso de disolución de la toma de decisiones de la propia sociedad, pero por otra, tal como se ha dado históricamente, es el proceso de concentración de toma de decisiones. Cuando se habla de concentración se está hablando de representación. Una sociedad de nueve millones de habitantes o de 60 ó de 100 ó de 200 millones de habitantes tiene que tomar decisiones, y al tomar decisiones tiene que concentrar. No siempre pueden concentrarse los nueve millones de personas para tomar estas decisiones, por lo tanto, hay que delegar responsabilidades y representar.

Pero al delegar —lo que es a la vez una doble contradicción— uno entrega su voluntad a otro y es necesario volver a verificar la decisión de uno; resulta contradictorio porque ya no es uno el que toma la decisión, sino que será otro quien lo haga por uno. Si no se delega, no hay eficacia en la toma de decisión, y si se delega, se está entregando la voluntad de uno al criterio y la voluntad de otros.

Esta contradicción viene desde la época de Cristo hasta nuestros días, con distintas modificaciones. Nosotros aquí en Bolivia, vivimos nuestro proceso por una parte como una gran expansión de la democracia que sale a las carreteras, a las calles, que se moviliza en sus sindicatos, en sus barrios, se indigna contra los gobernantes, les quita el dere-

cho a tomar decisiones —Sánchez de Lozada, Carlos Mesa y otros— y resuelve asumirse con ese derecho. Este es el momento de la expansión del hecho democrático, la democracia se visibiliza como un derecho real, no meramente formal de depositar el voto.

Bolivia ha vivido los últimos siete años un ciclo de intensas movilizaciones sociales que pueden ser leídas como ciclos de intensas reinenciones de la democracia: amas de casa, jóvenes, campesinos, obreros, intelectuales, deliberando, tomando decisiones en sus manos, planteando sus objetivos, cambiando gobernantes y definiendo lo que tiene que hacerse con el país: nacionalizar los hidrocarburos, la Asamblea Constituyente, recuperar los recursos naturales. Como un programa de acción de gobierno, de gestión de lo colectivo que no nació ni de las universidades ni del antiguo movimiento obrero, sino de los procesos de deliberación democrática de la sociedad plebeya, desde sus centros territoriales locales, que se fueron agrandando y convirtiendo en grandes centros de deliberación general.

Pero ¿hasta cuándo puede mantenerse este movimiento, hasta dónde se puede mantener un proceso ininterrumpido y permanente de deliberación y de asunción directa en la sociedad de sus decisiones sin necesidad de delegar? La experiencia que tenemos en Bolivia en los últimos años —que también la podemos comparar con otro ciclo de movilizaciones de los años ochenta, parecido al actual pero con otro eje articulador: obrero, indígena, campesino— es que la sociedad pareciera tener momentos de gran movilización, deliberación y reapropiación de sus decisiones, donde no acepta ser representada, sino que exige representarse a ella misma en procesos de autorepresentación social.

Pero llega un momento en que esto no continúa, llega a un límite, comienza a reducirse, y hay que estudiar los motivos. Entonces, comienza a plantearse la delegación de funciones, la entrega de voluntad, no solamente en elecciones internas electorales sino, incluso, en términos de las propias necesidades básicas.

Tomo como ejemplo la lucha por la recuperación de la empresa del agua en Cochabamba, con la que se inició esta época de grandes movilizaciones sociales en Bolivia. La gente de Cochabamba se movilizó, expulsó a una empresa, cambió la ley, desconoció al Parlamento y

dijo que el agua no debería ser privada, que debería ser de la sociedad; la tomó directamente y luego de hacer eso, se replegó a su casa a esperar tenerla pronto.

¿Hasta qué punto es posible mantener ininterrumpidamente el movimiento de reapropiación o cuáles son las condiciones que explican que la sociedad, después de haber conquistado y de haber ejercido su derecho democrático, luego busque un camino de delegación? En el fondo nuestro gobierno es eso, en el fondo es el resultado de un gigantesco proceso de movilización social, de autorepresentación social y de cinco años ininterrumpidos con decenas de muertos, perseguidos, mutilados; de heroicas movilizaciones que se expanden por todo el país, y luego la gente dice: "Bueno, aquí está mi voto y usted, compañero, encárguese de continuar lo que yo hice".

¿Fue correcto o no lo fue? ¿Hasta qué punto no sería mejor esperar que la sociedad siga movilizándose y entonces el gobierno, resultado de esta movilización, se convierta en algo irrelevante, secundario, innecesario?

La clave aquí es preguntarse: ¿es posible que la sociedad se mantenga movilizada ininterrumpidamente, es posible pensar en un proceso de autorepresentación? Hay algunas pistas en el mundo campesino indígena de tierras altas y de tierras bajas, donde existen procesos de representación, pero donde no hay un proceso de delegación del poder. La autoridad tiene que cumplir el mandato, pero el mandato en sí mismo no tiene poder, no tiene un mecanismo de coerción, no tiene un mecanismo económico. La ejecución depende de la delegación de la propia decisión de la colectividad, incluso para poder pagar el transporte del representante; esa es una experiencia local comunitaria boliviana.

Que esto pueda potenciarse para ir generando un mecanismo de representación que no signifique delegación de las decisiones, que no sea simplemente representación de la decisión, sino más bien preservación de la capacidad de mando material y objetiva de la sociedad que está siendo representada, a eso le hemos llamado un proceso de comunitarización del poder. Es otro término complicado y contradictorio en sí mismo, porque todo poder es por definición monopolio y todo comunitarismo es por definición socialización.

Pero quizás valga la pena cabalgar sobre la contradicción, quizás sea esta la mejor forma de romper con la *governance*, que es la anulación de la contradicción. La clave de una nueva izquierda es cabalgar sobre la contradicción, vivir en la contradicción como única manera de permitir siempre el flujo vital de la sociedad, pero a la vez, la eficacia de esa vitalidad en imagen y decisión.

Apostar solamente a la movilización social y a la posibilidad de las grandes acciones colectivas es deseable para cualquier revolucionario. Resulta asimismo idealista porque la sociedad no se moviliza permanentemente ni ininterrumpidamente; la sociedad también reposa y luego vuelve a moverse, luego vuelve a reposar; el lapso de esos reposos puede ser de una semana o pueden pasar décadas, es imprevisible.

Poder y relación de los movimientos con el Estado en Bolivia

Creo que la relación del movimiento con el Estado es un tema nuevo en el debate actual, aunque no era nuevo para Lenin y los concejistas en el debate sobre la Revolución Rusa. Aquí se ha acuñado una frase: “El gobierno de los movimientos sociales”, que resulta siendo también otra contradicción.

Ciertamente, todo gobierno —también el nuestro— ha llevado un proceso de concentración de decisiones en ciertas manos, pero lo interesante acá es que este es un gobierno en el que no solamente el líder —en este caso el Presidente, que viene de un movimiento social y que sigue rindiendo cuentas al mismo—, sino el programa que lleva adelante, surge de la demanda y la movilización de los movimientos sociales, y buena parte de su esfuerzo administrativo lo ha tenido que tramitar por la aceptación, la valoración buena o mala de las propias organizaciones sociales. Diría que es una cosa novedosa, que plantea el debate entre poder y movimientos sociales.

Toni dijo una frase muy fuerte: “El poder es una relación y la resistencia es tan importante como el mando”. En todo caso, más que responderle, le comento nuestras experiencias internas porque no tienen solución inmediata, el movimiento irá resolviéndolas en el proceso.

Creemos que la experiencia boliviana introduce en todo el debate que se ha dado en los últimos 20 años este nuevo concepto, el tema del poder, porque aquí no ha tomado el gobierno un partido de izquierda en sentido estricto; aquí ha tomado el poder una aglomeración flexible de movimientos sociales.

¿En verdad estarán ejerciendo el poder esos movimientos sociales? Es una pregunta que hay que responderse de manera muy objetiva. Lo que queda claro es que esos movimientos sociales no solamente son la base social movilizada y la gente que pone el voto, sino que son los que ponen el programa y los que en el fondo sostienen, rechazan, se movilizan o no se movilizan en torno a las acciones que toma el gobierno.

No podríamos haber tomado una sola decisión trascendental como gobierno si no hubiera sido por consulta, apoyo y movilización de los movimientos sociales. Quizás estemos tomando decisiones que no siempre consultamos con las bases de los movimientos sociales, porque no todo se lo puede consultar en una asamblea, pero queda claro que las decisiones estratégicas en términos de economía, sociedad y política, absolutamente todas, han pasado previamente por la deliberación en los niveles dirigenciales y los niveles intermedios de los movimientos sociales.

Este es un gobierno de movimientos sociales. ¿Hasta qué punto es posible mantenerlo como gobierno de movimientos sociales y hasta qué punto eso no va a traducirse luego en una nueva concentración y delegación? La historia tendrá que definirlo. En todo caso, estamos en pleno hervidero político; es como el magma de un volcán que todavía no ha logrado cosificarse, es la lava que sigue volcándose en esta relación compleja del poder de los movimientos sociales y Estado.

El Estado es también una relación social, y uno lo puede ver con mucha claridad cuando está dentro del propio Estado, devorado por él, espero que no demasiado. Pero la idea del Estado que teníamos como marxistas era la de una máquina. Sin embargo, la idea de máquina de Lenin no es tan completa; el Estado es una máquina porque son procedimientos, procesos, reglamentos, decisiones que actúan automáticamente. Una decisión gubernamental tiene que pasar por los trámites,

ministerio, viceministerio, burocracia, secretario, secretaria, y pone en funcionamiento a 40 ó 60 personas, hasta que se convierte en un texto escrito, que es el que conoce el ciudadano.

Hay una máquina, pero por supuesto que es también una máquina relacional. A Lenin le faltó decir que es una máquina de relaciones más que una máquina en el sentido estricto, rígido del término. Es una máquina de relaciones porque a cada momento, en cada palabra, en cada decisión se está jugando el posicionamiento, el avance, la victoria, el retroceso o el beneficio de un grupo en detrimento de otro. En lo que sea: un decreto, la aprobación de un contrato petrolero, la aprobación de una inversión en caminos; en cada una de las decisiones se ponen en movimiento sectores favorecidos, empresas que se verán excluidas, sectores productivos que serán beneficiados, el trabajador que se verá obligado a tal o cual acción o beneficiado por tal o cual acción, equipos que tendrán que ser comprados en el extranjero, recursos que tendrán que ser reembolsados, dineros que deberán ser guardados, sin invertirlos en otro lugar, para pagar la deuda.

Se pone en movimiento total la sociedad; toda decisión del Estado, por muy simple que sea, es un flujo intenso de relaciones. El poder es —por definición y en esencia— una relación compleja de mandos, obediencias, decisiones, ejecuciones. ¿Deben o no deben intervenir ahí los movimientos sociales y la izquierda? Ese es el debate.

Comparto con Toni la idea de que no es posible ver al Estado como una cosa, territorializada: hay un Estado al lado de otro y entonces vemos al mundo como una reunión de Estados. El mundo es, en el fondo, una relación que tiene momentos de condensación llamados Estado, pero este Estado está articulado, vinculado, y es una síntesis del movimiento de los otros Estados: Brasil, Venezuela, Estados Unidos, Europa, Bolivia. Cualquier acción y decisión del Estado está en función de intereses, presiones, relaciones, influencias del resto de los Estados. El Estado es un hecho planetario que se visibiliza temporalmente de manera local, pero es una estructura planetaria. Eso se puede ver al momento de firmar un decreto o promulgar una ley en el Congreso, porque entran en juego la totalidad de las relaciones del mundo.

Tenemos problemas en la economía, tenemos una inflación y una elevación de ciertos productos alimenticios en el país, pero no es un problema exclusivamente del país, es inicialmente un problema del globo, del fenómeno de El Niño que no lo controla ningún Estado, sino la naturaleza. Pero está claro que el problema de los alimentos aquí en Bolivia tiene que ver con la producción de alimentos en Estados Unidos, en Canadá, tiene que ver con el precio del petróleo en el mundo y tiene que ver con la elevación del precio de los minerales en China. ¿En qué medida gobernamos eso? Es evidente que no lo podemos gobernar.

¿Podemos influir en ciertas decisiones? Sí, el Estado tiene cierta capacidad de influir en ciertas decisiones, pero el fondo de las decisiones se mueve bajo otros hilos, bajo otras fuerzas de las cuales uno simplemente está en la parte superficial.

¿Eso significa que la izquierda y los movimientos sociales deben abandonar la idea de influir en la relación? (se decía “ocupar el Estado”, pero creo que hay que quitar la palabra ocupar; si el Estado es una relación, no puede uno ocupar una relación). Unos dicen que no, nosotros decimos que sí, y es nuestro humilde aporte al debate de la izquierda.

Tomar el poder para cambiar el mundo, esa es una ilusión, porque tomando el poder del Estado no se está tomando gran parte del poder, porque el poder está en otra parte o en ninguna, quizás. Lo que se toma es el control de ciertos mecanismos de influencia y nada más. Esos mecanismos de influencia son decisivos para el movimiento, para ampliar lo que decía Toni Negri: la idea de lo colectivo, de lo común. No hay socialismos de Estado, esa fue una farsa de las izquierdas; ni la izquierda puede ser la abanderada de un neocapitalismo de Estado.

Pero creemos que bajo ciertas condiciones, la sociedad se posiciona sobre el Estado, que es lo que literalmente se dio aquí. La modificación de la relación de fuerzas de poder temporal de una sociedad, bajo ciertos mecanismos, puede contribuir en anclar, consolidar y, ojalá, potenciar los nuevos movimientos de los movimientos, los nuevos derechos.

¿Será que la sociedad avanza por oleadas? Marx hablaba de la revolución como un proceso de oleadas, y lo que hace la sociedad es llevar la oleada más allá.

Vigencia de la subsunción de Marx

Toni plantea que hay una redefinición del concepto de trabajo; esta es una de las series teóricas más fuertes de Toni, que tiene que ver con el debate con el propio Marx en torno a si la valorización del trabajo sigue siendo la fuente de la acumulación del capital. Hay un texto fascinante de Marx donde habla sobre el papel del intelecto general. La idea es, e intento resumirla, que la riqueza es cada vez menos producto de un grupo de obreros y más de la sociedad entera, que ha diseñado e imaginado la producción de la riqueza. Porque, por ejemplo, aquí hay zinc, y aquí hay un pedazo de acero o de metal que ha sido producido con el trabajo de otras máquinas y de otros conocimientos que, a su vez, hablan de un proceso de creciente universalización.

Decía Marx que el capitalismo es una contradicción en sí misma porque para vivir depende del trabajo individual del obrero, al que se le extrae la plusvalía, pero cada vez más ese producto tiene un componente mínimo de esfuerzo humano individual y es, más bien, un producto general social de la sociedad universal. Entonces nos decía que el capitalismo, por su propia definición exacta, está condenado al fracaso. No nos quería decir que en 100 ó 200 años se iba a acabar, sino simplemente que su contradicción interna era que la fuente de valorización de la riqueza capitalista entraba en contradicción con el propio desarrollo de la capacidad intelectual, asociativa y creativa de la sociedad que era universal.

Entonces Toni llega a la tesis de poner en debate el concepto de valorización del capital —valor que se autovaloriza, decía Marx, ese es el capital—. Es un tema teórico, pero que tiene implicancias prácticas e inmediatas, por supuesto.

No creo que sea necesario superar a Marx y a Lenin porque el concepto de subsunción tiene todavía la fuerza de explicarnos este proceso al que Toni le da otro tipo de explicación. Si el capital es fundamentalmente la subsunción al proceso de valorización de las capacidades humanas y la principal e ilimitada capacidad humana es el intelecto, el capitalismo se desarrolla subsumiendo fundamentalmente la capacidad intelectual y asociativa de la sociedad, que es un componente de la fuerza de trabajo. Es decir, el capitalismo contemporáneo se desarrolla por-

que subsume la ciencia, la tecnología, el conocimiento, la voluntad, la asociatividad, la esperanza de la propia estructura, y eso es ilimitado e infinito. Eso también es valorizable porque es trabajo.

No necesitamos oír otro concepto de trabajo ni de valorización para incorporar estos elementos, para entender el desarrollo del capitalismo. La fórmula quizás fuera el capitalismo contemporáneo del que nos habla Toni, que en el fondo tiene su sustento en la subsunción real de la capacidad intelectual, asociativa y emotiva de la fuerza de trabajo bajo el capital. Si fuera así, podemos mantener en pie el concepto de valorización.

Entonces, en este caso, el trabajo mantiene su centralidad pero, claro, no el trabajo en términos de la fábrica clásica, sino el trabajo en el sentido social, en su sentido pleno de voluntad dirigida a un fin. Desde pensar, imaginar, reunirnos, hacer actividad física, todo es voluntad dirigida hacia un fin y todo puede ser acaparado por el desarrollo del capital. Considero que las leyes del capital siguen, en teoría, siendo vigentes para este tiempo de imperio y de multitud, y creo que explican de manera más contundente la idea de imperio y de multitud que Toni Negri ha trabajado en los últimos años.

Movimiento de los movimientos en América Latina y en Bolivia

El continente latinoamericano, nos planteaba Toni —y comparto la idea—, está viviendo un proceso de transformaciones muy intensas. En el debate académico y político en América Latina, esto es visto como que existen gobiernos de izquierda; está bien, esa es la superficie. Pero, en el fondo del fondo, yo creo que lo que describe Toni es correcto: hay una ruptura y un debilitamiento de los mecanismos de dependencia del poder central.

Esto no es solamente un hecho de voluntad política o de liderazgo. Hay una base material del continente en biodiversidad y recursos energéticos que permite una plataforma de intervención y de eficacia en cierta toma de decisiones a nivel mundial; una consolidación creciente de un mercado regional que plantea una personalidad propia continen-

tal frente a Estados Unidos, frente a Europa, frente a la China y frente a la India. Pero también hay múltiples, sofisticados y difusos, pero activos, mecanismos de su acreditación que todavía están vigentes.

Buena parte del empleo continental y la deuda externa latinoamericana de los años sesenta y setenta se sostuvieron sobre los petrodólares, y eso permitió crear una serie de grilletes y de cadenas al desarrollo continental. Era muy evidente que el continente era un siervo frente a otros poderes. En el momento actual los petrodólares han retrocedido o han surgido otros “petrodólares locales”, otra forma de riqueza local que ha permitido una relativa soberanía.

En Bolivia, hace tres años, exportábamos 1.600 millones de dólares, hoy estamos exportando 4.000 millones de dólares; en dos años hemos casi triplicado la exportación. Eso tiene relación con el fortalecimiento de sectores productivos, pero también con una mayor capacidad de este gobierno para tomar decisiones.

Hasta hace dos años, los gobiernos bolivianos tenían que ir al Fondo Monetario Internacional o al Banco Mundial a pedir dinero para pagar salarios a sus trabajadores. Hoy no tiene por qué pasar por eso; puede pagar salarios con sus propios recursos. ¿Significa que estamos regresando al capitalismo de Estado de los años sesenta? No, porque los mecanismos de interdependencia y de interconexión son mucho más evidentes. Hay exportación de este país porque hay la China que consume más mineral, hay la India que extrae su producción, y si no fuera por eso, nuestras exportaciones estarían limitadas y no tendríamos la solvencia para tomar decisiones.

Entonces, hay una renovación de mecanismos de decisión autónoma con otros flujos de determinación externa. Lo que ha variado son las características de esos flujos externos y la fuerza de los mecanismos de decisión interna, lo que está permitiendo, sin duda, una reconfiguración del continente. En cierta medida, pareciera ser que el continente latinoamericano se está adelantando a otros en estas cosas.

Esta modificación de la relación de dependencia y de soberanía —no en el sentido decimonónico, sino en el sentido contemporáneo de que puede haber soberanía relativa sobre ciertos asuntos y dependencia sobre otros— está permitiendo cosas muy interesantes en el continente.

Potencialmente, existen mayores procesos de integración, un despertar más activo de una sociedad civil que se querella por el excedente y su distribución más correcta, y que al querellarse por la distribución del excedente crea formas de participación y de acción política diversas, desde las autónomas hasta las mediadas o subordinadas a viejos y nuevos poderes. Pero, en todo caso, el continente —y no solamente Bolivia— es una zona de experimentación de nuevas formas del movimiento de los movimientos.

Creo que en Latinoamérica se están inventando cosas nuevas, que a veces parecen antiguas pero que en el fondo son muy nuevas. La experiencia Argentina con el movimiento piquetero, los procesos de intercambio de productos y el fomento del comercio solidario, experiencias urbanas que fueron un modo de desarrollo de la creatividad social; la experiencia brasilera con el Movimiento Sin Tierra y las experiencias de gobierno regional y municipal han creado otro escenario de experimentación de mecanismos de organización muy nuevos. Y Bolivia, a su modo, tiene también su propio aporte en lo nuevo.

Hemos pasado de una forma de movilización territorializada —fábrica, gran empresa— a un tipo de acción colectiva desterritorializada usando abusivamente de su poder. Es la movilización de El Alto, la movilización del altiplano aymara, la movilización de los regantes y ciudadanos de Cochabamba. Estas grandes movilizaciones no partieron de una fábrica ni de un barrio, sino de múltiples actores, obreros, microempresarios, campesinos, intelectuales que, a partir de redes locales territoriales, crearon otra red flexible, móvil, que se desplazó a lo largo de la sociedad y que ocupó el territorio, porque no pertenecía a un territorio específico, porque podía moverse como si la totalidad del territorio fuera propia.

En Bolivia no hay movimientos sociales de base territorial; podría decirse que lo que hay son movimientos sociales con temáticas transversales. El tema del agua y el tema del gas juntan a campesinos, a intelectuales, a pequeños productores, a comerciantes, a obreros asalariados, que se mueven en torno a un objetivo. Una vez conquistado el objetivo, cada cual regresa a su actividad local, territorial, para luego ser convocados nuevamente por otra acción colectiva, por otra movilización y por otra demanda.

Algo nuevo acá, que resulta central para entender Bolivia, es el replanteamiento del tema de la identidad. Toni Negri decía que, en el fondo, todo es lucha de clases —yo coincidí plenamente con esa afirmación—, y lo interesante en Bolivia es que las clases sociales han sido construidas étnicamente o, si se prefiere, hay una dimensión étnica de la clase social.

En el fondo, toda clase social tiene una dimensión étnica cultural, pero no siempre la dimensión étnica cultural es el mecanismo mediante el cual se visibilizan las clases sociales. En el mundo entero, las sociedades tienen una dimensión y un componente étnico cultural, pero las circunstancias han hecho que en Bolivia esta parte étnica cultural de la constitución material de las clases sociales sea el resorte identitario movilizador en torno al cual se despiertan las convocatorias, las indignaciones y las propuestas frente al Estado.

Afirmar que hay clases por un lado y etnias o colectividades étnicas culturales nacionales por otro es falso, porque en el fondo la sociedad contemporánea y los Estados contemporáneos son siempre racializados, aunque han escondido este su carácter detrás de un discurso de universalidad respecto del liberalismo del siglo XVIII, cuando estaban en ese proceso.

En el caso de Bolivia, la forma de visibilización de la organización, no la única pero la más importante y con mayor capacidad de presión social, se ha hecho notoria a partir de la reivindicación del complemento étnico, cultural y de identidad. Y no por casualidad, porque era una sociedad racista que escondía la dominación de clase detrás de una dominación étnica, y las clases sociales podían visibilizarse a partir del color de la piel, del idioma, del apellido.

Lo interesante en Bolivia es que hay una movilización colectiva de pequeños productores, de obreros fragmentados, de obreros desterritorializados, pero que no se movilizan ni levantan sus banderas públicas a través de la identidad obrera, sino de la identidad cultural o, en otros casos, a partir de una temática aglutinadora. Por supuesto, eso obliga a reinventar las formas de organización, las formas discursivas y las formas de interconexión.

El trabajo que se requiere para juntar las cosas es infinito y la sociedad ha hecho innumerables esfuerzos en ese sentido, porque lo

que prevalece en la sociedad es, sin duda, la fuerza de la segregación, que es lo normal; lo no normal es la fuerza de agregación. Construir mecanismos de agregación; entender que tenía que ser por temas y no necesariamente por programas de corte partidario; el tener que comprender que las estructuras políticas tenían que tener este carácter flexible de alianzas y no de monolíticas organizaciones al estilo clásico ha requerido también un debate interno entre dirigentes, organizaciones y la propia iniciativa social de las personas.